

paperback
05

FERNANDO LABAIG | DEMOCRACIA CONTRA EDUCACIÓN

www.paperback.es



N.º 5 | Enero de 2008

Democracia contra educación

Fernando Labaig

paperback | nº 5 2008 | **ISSN 1885-8007**
escueladeartenúmerodiez

Democracia contra educación

Resumen

Continuando el debate mantenido entre Sánchez Ferlosio, Fernando Savater y Xavier Pericay sobre la conveniencia de una educación pública que tan sólo instruya o que también aspire a educar y teniendo como telón de fondo la controvertida asignatura de "Educación para la Ciudadanía" el artículo defiende que es

imposible evitar la educación pero que ésta, ni es tan fácil como la mera comunicación de lo que consideramos correcto, ni tan difícil como para que sea imposible transmitir ciertos valores a las generaciones futuras.

Palabras clave

Ciudadanía, publicidad, instrucción, masa, élite.

Democracia contra educación

El 29 de Julio pasado el diario EL PAÍS publicó un artículo de Rafael Sánchez Ferlosio titulado "Educar e instruir" en el que se reflexionaba sobre la asignatura *Educación para la ciudadanía*. El gran interés del tema para cualquier institución de enseñanza y lo provocativos de algunos de sus argumentos me han llevado a intentar aportar unas reflexiones al hilo del artículo y de la controversia que suscitó.¹

Haciendo un injusto resumen de la argumentación de Ferlosio diría que contrapone la educación y la instrucción, y considera que la enseñanza pública debe limitarse a la segunda por la poderosa razón de que resultan inútiles sus intentos de educar. Pone como ejemplo a un profesor convenciendo a los alumnos de que beban de manera responsable, lo que el autor considera delirante e hilarante. Considera que la educación la ejerce el deseo de integración en el grupo mediante la imitación o la comparación y que, en consecuencia, las posibilidades de configurar el sistema de valores de los alumnos por parte del profesorado son nulas.

Para poder avanzar con paso firme empecemos por aclarar los conceptos. La instrucción tendría por objeto la transmisión de conocimientos, entendiendo por conocimiento la información pura y dura. A esto se podría añadir ciertas habilidades de raciocinio mecánico, memoria, y control corporal como manejar el bolígrafo para escribir o ponerse firmes. Conocer es la posibilidad de reconocer, por eso toda instrucción tiene como característica común el que su adquisición por el alumno es objetivamente evaluable, ya que podemos reconocer con bastante facilidad si la suma de dos cifras y la fecha del descubrimiento de América son correctas o si el recluta se pone el mosquetón al hombro según el reglamento. Ni el más obtuso de los relativistas pondría en duda que estas cosas se pueden comprobar con garantías. Por otra parte, Ferlosio hace hincapié en que los contenidos transmitidos deben estar exentos de juicios de valor, incluido el valor práctico, lo que el autor identifica con el conocimiento científico. Supongo que las dudas científicas sobre la forma más correcta de coger el bolígrafo deben de ser la causa de que ya nadie enseñe como hacerlo y, en consecuencia, veamos a nuestros jóvenes agarrar el lápiz como si fueran primates que acaban de tener su primer contacto con tan extraño instrumento.

Por su parte, la educación se refiere a formas y modos de comportamiento con su trasfondo de valores y actitudes. Las formas y modos, como apariencias que son, resultan fáciles de transmitir como información y de comprobar su cumplimiento. Sin embargo, los valores y actitudes que mueven a las personas son bastante más complicados. En principio, la decisión sobre cuales deban

1. El artículo de Ferlosio hace referencia a uno anterior de Fernando Savater *¿Ciudadanos o feligreses?* del 4 de Julio. Posteriormente aparecieron una respuesta de Fernando Savater el 31 de Julio y otra de Carlos Fernández de Liria el 1 de Agosto publicadas en la sección "Cartas al director" del mismo periódico. El 14 de agosto Xavier Pericay publicaba en ABC el artículo "Educación, instrucción y ciudadanía". El 23 de Agosto Savater prolongaba el debate con "Instruir educando" en EL PAÍS y, por último, Xavier Pericay enviaba una apostilla a la sección de "Cartas al director" contestada por Savater al día siguiente en la misma sección de EL PAÍS. También son de interés el libro de Savater *El valor de educar* publicado en la editorial Ariel y la primera parte de *La hija de la guerra la madre de la patria* de Rafael Sánchez Ferlosio en editorial Destino.

ser ya genera controversia por su carácter ideológico pero, sobre todo, resulta muy difícil comprobar su efectiva incorporación a la personalidad del alumno, por más que nuestras autoridades académicas intenten convencernos de lo contrario con cierto behaviorismo simplificador.

El recelo de Ferlosio hacia la educación podría confundirse con lo que ha sido la queja de la Iglesia y la de otros muchos ciudadanos, incluso bastante alejados de su espectro ideológico, contra la implantación de la asignatura por lo que ésta pudiera tener de adoctrinamiento, de imposición de un modelo moral por parte del Estado, que incluso reviviera en algunos los fantasmas de aquella asignatura del franquismo llamada *Formación del Espíritu Nacional*. Pero Ferlosio es más pesimista y su argumentación se basa en la simple inutilidad del intento. Inutilidad que habría que matizar, pues no es lo mismo la simple transmisión de los contenidos de la educación, que se pueden memorizar y repetir sin mayores dificultades o aplicar a la conducta hipócritamente cuando exista una presión para hacerlo, que la incorporación de los valores a la personalidad del alumno. Bajo una amenaza lo suficientemente fuerte el alumno puede simular un comportamiento adecuado pero en cuanto esté a salvo de dicha amenaza el comportamiento será otro muy distinto, de manera que el control sobre las apariencias resulta bastante engañoso. En cualquier caso, ambas críticas merecen tenerse en cuenta.

Saber matemáticas, lengua, informática o inglés resulta práctico para los futuros miembros de la sociedad y para la sociedad misma pues son conocimientos necesarios para el funcionamiento de las empresas y los mercados. El conocimiento básico de la lengua o las matemáticas nos permite hacer la compra en el mercado. Si nuestros conocimientos de matemáticas tienen un nivel alto o podemos comunicarnos con fluidez en otros idiomas podremos acceder a puestos de mayor responsabilidad. Y si no tenemos el menor conocimiento matemático o nos cuesta dominar el idioma de nuestro entorno nos veremos avocados a la exclusión social y con toda probabilidad a ser una carga para la sociedad. Siendo estos conocimientos ventajosos para ricos y pobres, para izquierdas y derechas, para catalanes y andaluces, y no prestándose sus contenidos concretos a debate o ambigüedades respecto a como evaluarlos, nadie los pone en discusión.

Precisamente ese estar por encima de intereses o, más exactamente, ese estar en el interés de todos, hace que se pierda de vista el carácter ideológico de la decisión que impone su aprendizaje. Por lo tanto, cuando Ferlosio ironiza respecto a su imposibilidad de imaginar una instrucción que sea al mismo tiempo educativa, proponiendo como ejemplo una supuesta zoología educativa donde los animales se clasificaran exclusivamente en dañinos y benéficos, está haciendo una caricatura que falsea la realidad. La sociedad necesita personas con una serie de conocimientos y a las que hay que preparar desde niños para que en su vida de adultos puedan elegir cual es el área específica a la que se dedicarán. La supuesta ciencia neutra es útil sin necesidad de especificarlo en sus contenidos de forma tan grotesca. La utilidad de la zoología es evidente desde la maximización de beneficios en la ganadería a la supervisión del equilibrio ecológico para la supervivencia de la especie. Sin embargo el estudio del latín no es útil hoy en día y de ahí su eliminación de los planes de estudio. No se necesita decir explícitamente que lo estudiado es útil, por la vía de los hechos se nos indica que si algo se estudia es porque tiene utilidad, en caso contrario simplemente desaparece de los *curriculums*. A todo esto habría que añadir la consideración que ha tenido hasta hace poco tiempo el saber como distinción social. Saber lo que significaba el concepto "mamífero ungulado" aunque no capacitaba para criar animales sí que podía distinguir a una persona "educada" y con cierto nivel social de un simple pastor. Y en ello estribaba no poco del prestigio de saber latín cuando éste dejó de ser el vehículo de conocimiento internacional. Decir con latinajos cual es la familia y la especie de un animal no estaba al alcance de cualquiera, cuando estudiar era un privilegio muy alejado de las posibilidades de la mayoría. Es decir, que tenía una utilidad para el funcionamiento de una sociedad no democrática. En resumidas cuentas, decidir que conocimientos entran o no a formar parte de lo que va a estudiar la próxima generación es una decisión ideológica para la que no hay conocimientos científicos que nos indiquen irrefutablemente el camino a seguir.

Separar el conocimiento, aunque sea científico, de los intereses resulta imposible, pero esto no debe confundirse con que dichos conocimientos sean el simple efecto de unos intereses y por lo tanto discutibles y modificables desde otro conjunto de intereses. Aunque es dudoso que algún

fanático religioso ponga en duda los resultados de la operación de sumar si existe quien pone en cuestión la *Teoría de la evolución*. Tomar las distinciones conceptuales como absolutas, entre ellas las de la educación y la instrucción, tanto como olvidar la utilidad de su diferenciación, solo pueden llevar a tergiversar el debate.

Las matemáticas no suelen tener roces con creencias religiosas, morales o políticas pero la *Teoría de la evolución* ya empieza a resultar problemática para los más suspicaces y si nos adentramos en la Historia, la Filosofía o incluso, como se ha llegado a sugerir alguna vez, una asignatura que hable de las Religiones, de su historia y sus distintas formas de pensar el mundo, los problemas son más que evidentes. ¿Es posible la mera instrucción en estos casos? Se nos abren varias posibilidades, podemos informar de la *Teoría de la evolución* y del *Creacionismo* como diferentes visiones del mismo problema con igual derecho a ser conocidas por los alumnos. Cabe también la decisión ideológica de optar porque solamente aquello que por consenso el mundo científico oficial considere ciencia deba ser estudiado. Pero claro, esa decisión no es científica sino ideológica y otras ideologías pueden protestar como las correspondientes a determinadas religiones. Otra salida sería dejarnos de complicaciones y eliminar todas las asignaturas conflictivas pero esto último nos limitaría a las matemáticas y poco más. No es posible hacer una distinción nítida entre la mera instrucción y la educación, pese a las ironías con que Ferlosio ataca a Savater por este asunto. Y esto no sólo es porque todo conocimiento está relacionado exteriormente con valoraciones morales y de utilidad sino porque los mismos contenidos están impregnados de esas valoraciones.

Dejando de momento esta cuestión voy a dar el salto al meollo de la cuestión, la pretensión de que podemos inculcar un sistema de valores a los jóvenes que es, según creo, a lo que Ferlosio se refiere cuando considera que es inútil la educación en valores. Su argumento se basa en que "es el grupo el que educa, a través de la necesidad de 'formar parte', que arrastra con fuerza irresistible a la imitación y a la comparación" y añade que esa pretensión se halla en colisión con la esencia de nuestra sociedad consumista y su gran oráculo, la publicidad, que es el verdadero educador en la actual democracia, fortaleciendo al grupo y dejando sin contrapesos a la sociedad.

Ferlosio llega a decir que la publicidad "gobierna las pautas y determina los criterios de comparación social". En mi opinión la publicidad es sólo una parte del mecanismo que convierte a la educación actual en el desaguisado que tanto nos preocupa y lo es de forma más llamativa que fundamental. Si como dice Ferlosio "gobernara las pautas" las bienintencionadas campañas del Ministerio recomendando el consumo moderado de alcohol tendrían el efecto que él mismo descarta que puedan alcanzar los profesores con los jóvenes, y no es así. Si la publicidad tiene éxito es porque, excepto en esas campañas de organismos oficiales, nunca intenta oponerse a lo que ya desea el público y en especial a la, como la denomina Ferlosio, "incondicionada avidez" de la infancia y juventud que, para colmo, se va extendiendo poco a poco a todos los segmentos de edad. La publicidad no construye valores sino que los ensalza, los espectaculariza, los engrandece, los absolutiza y nos los mete hasta en la sopa. Hay, no obstante, una importante excepción a lo dicho anteriormente y es el valor que la publicidad transmite por si misma, el del consumo como bálsamo de Fierabrás para todas nuestras tribulaciones. El deseo de belleza corporal, el éxito sexual o la aspiración a integrarse en grupos de poder o prestigio social parecen tener orígenes más allá de la publicidad. Su reducción al común denominador de la adquisición de bienes materiales es la relativa novedad que aporta.

La publicidad está interesada en captar a los niños o adolescentes pues son las etapas de la vida en que se forman hábitos de consumo que perdurarán a lo largo de su biografía. Es muy difícil que alguien se inicie en el consumo de tabaco o se saque el carné de conducir a los cincuenta años. Pero, de rebote, también termina por conformar a los adultos como eternos niños que exigen satisfacciones obtenidas al instante, sin necesidad de esfuerzo y sin consecuencias.

La publicidad recoge el deseo compulsivo de satisfacción inmediata y lo hace con algo que debe ser concreto, palpable, que pueda evaluarse fácilmente y que no genere discusión (sí, son las mismas características de las asignaturas que encajan en la instrucción). Si yo tengo un coche que es el símbolo de cierto estatus lo tengo, es comprobable y no genera discusiones sobre si es cierto o no, lo que no ocurre ni lejanamente con otras cuestiones mucho más ambiguas como mi sabiduría o mi bondad. Lo que la publicidad ofrece es lo que la gente desea de forma más primaria,

inmediata y sin reflexión. Por ejemplo, el deseo de pertenencia al grupo juvenil que nos acoge en las penurias adolescentes, la aspiración adulta a la inclusión en una elevada clase social o, como bien sabe la propaganda política, la integración en la nación que nos ha tocado en suerte o desgracia. La publicidad simplemente nos comunica que determinados productos, incluidos los partidos políticos, nos permiten cumplir nuestros deseos y aun esto lo hace en forma de juego, en realidad nadie se cree que una colonia vaya a conseguir que las mujeres caigan a nuestros pies. Por esa misma razón de que es un juego, algo infantil, algo no real, el vacío final que se produce, la inmediata insatisfacción que genera la ansiedad de volver a comenzar el círculo vicioso del consumo, no es tanto consecuencia de que el bien adquirido no ofrezca lo que se prometió, no es falso que un coche caro sea símbolo de cierto estatus, como de la intrínseca estructura de nuestra mente que se satisface más con las fantasías que con la realización de las mismas. El hecho de una estimulación demasiado repetida sin posibilidad de recuperación lleva como en el sexo a un estado de estregamiento, de vacío y al mismo tiempo de excitación insatisfecha permanente. La sociedad se convierte así en una enorme guardería de niños caprichosos en permanente queja.

La democracia y el individualismo como horizonte ideológico en el que nos movemos se cumplen de forma perversa en el consumismo. Como toda deriva social tiende a abolir el matiz o la distinción compleja de las situaciones reales. De manera que si la democracia nos dice que las diferencias de opinión nunca deben dirimirse mediante la coacción violenta, no es de extrañar que los niños terminen por advertir de muy malas maneras a sus padres o profesores que tengan mucho cuidado con coaccionarles. Al mismo tiempo su "incondicionada avidez" considerará injusta cualquier prohibición, incluso cualquier limitación o cualquier dilación en obtener sus deseos. No se reconoce que pueda existir un bien social por encima del bien que cada individuo considere para sí. Un individuo puede estar equivocado pero carecemos de algo con más peso que pueda oponerse. La opinión de otro individuo que a su vez puede estar equivocado no puede ser suficiente contrapeso. Cualquier idea de lo que es justo se considera digna de respeto, abundando en ese extendido error de que la democracia consiste en que toda opinión es respetable, cuando son las personas y no sus opiniones lo que se debe respetar. Sin la menor duda hay opiniones que no merecen ningún respeto y entre las que mantienen muchos niños y adolescentes abundan las de este tipo. Los padres y los profesores intentan reconducir la situación cuando se ven en aprietos pero han perdido la batalla de antemano.

La postergación de la recompensa, la asunción de que es necesario esforzarse para conseguir un objetivo son las herramientas de la disciplina que debe imponer el adulto al niño o al joven, y eso es independiente de que el adulto sea mejor o peor educador o, incluso de que sea mejor o peor persona. El propio egoísmo del adulto le conduce a actuar en defensa propia contra el capricho infantil y esa disciplina crea en el niño la capacidad de autocontrolarse al descubrir las posibilidades de conducir su propia voluntad bajo la guía de la razón y separada del impulso o el deseo instantáneo. Una sociedad que teme castigar los niños y les pregunta cuáles son sus deseos, conduce a que los adultos del mañana sean unos ciudadanos inmaduros, incapaces de asumir la frustración, exigentes de la remuneración instantánea del consumo, de la diversión, del sexo o de las drogas. Es una sociedad infantilizada que no quiere ni oír hablar de algo desagradable o que le suponga esfuerzos.

No queremos renunciar al individualismo como parte fundamental de la democracia, y mucho menos para sacrificarlo en aras de lo colectivo, yo al menos no, pero nos ata de pies y manos en el tema de la educación. En las actuales circunstancias la disciplina que tanto reclaman los escandalizados padres y profesores es radicalmente imposible de obtener por muchos métodos pedagógicos que se apliquen. Pero la eliminación de la disciplina, la eliminación del esfuerzo, esas cosas de las que tanto se queja la derecha, son producto de una democracia ligada al individualismo y al liberalismo económico al que tanto adoran. No hay nada en esta sociedad que más halagos suscite que la libertad individual sin que nadie se haga las preguntas pertinentes sobre ella, libertad de qué y para qué. ¿Tal vez queremos liberarnos de la responsabilidad sobre nuestros actos? ¿Tal vez queremos libertad para equivocarnos a sabiendas de que lo hacemos o para no madurar?

En la sociedad actual la palabra adoctrinamiento suena opresiva pero, como bien señala Ferlosio, la enseñanza no consiste en amoldar el teorema de Pitágoras a cada niño sino en que cada niño se

amolde a la razón del teorema de Pitágoras.² La enseñanza no puede ser otra cosa que forzar las tendencias naturales hacia un fin que se considera conveniente. Si los objetivos perseguidos se obtuvieran de forma espontánea y por lo tanto el forzamiento fuera innecesario, la institución de la enseñanza sería perfectamente inútil.

En otro momento Ferlosio critica que Savater pida a la educación “espíritu crítico” porque considera que tal cosa no se puede enseñar. En mi opinión, desgraciadamente el individualismo no carece de espíritu crítico sino que más bien genera en los jóvenes y en especial con respecto a toda imposición de sus mayores una tendencia a la crítica inmoderada, estúpida y suicida. De lo que realmente carecen los jóvenes es de la capacidad autocrítica que les haga reconocer sus límites, distinguir la crítica justificada de la queja por todo lo que no les complace hasta llegar a la renuncia de su propia voluntad para dejarse guiar por otros, cuando la inexperiencia propia lo recomiende. Echarle la culpa a los otros es fácil, acaricia nuestro ego, nos arrastra cómodamente por la corriente general mientras nos dice que tenemos que mantener nuestra autoestima, que siempre tenemos razón, que debemos dejarnos llevar por lo que nos dicta el corazón y toda esa basura irracionalista y de pensamiento positivo que nos halaga el oído desde anuncios y telefilmes y ve como un horror el sentimiento de culpa.

“Ser capaz de observar la regla de mi propio juego, de cómo juzgo lo que juzgo”³ es la labor propia de la autocrítica, pero como va a ser esto posible en aquellos que todavía no tienen su propio juego, en aquellos que en ese momento están construyendo sus reglas. Además, y por razones obvias, ningún grupo va a exigir la autocrítica como elemento de integración porque ese es el fermento que disuelve todo grupo. La autocrítica, parafraseando a Groucho Marx, nunca pertenecería a un club que le admitiese entre sus miembros. Resulta absurdo esperar una madurez semejante en la etapa de la vida que precisamente se caracteriza por lo contrario. Entonces ¿Debemos renunciar a que los niños sean críticos hasta que sean adultos? ¿Debemos decirles que obedezcan sin rechistar y que cuando sean mayores ya tendrán tiempo de aceptar o criticar lo que les hemos inculcado? Como ahora me toca ser adulto me parecería un plan estupendo si no fuera porque me parece ilusorio en una sociedad como la actual.

Resumiendo lo dicho hasta ahora. La decisión de qué es lo que debe ser estudiado es ideológica y por lo tanto no es inocente o neutral aunque solo se transmita información al respecto. En consecuencia, cualquier argumentación al respecto no debe ocultarse como objetiva sino reconocer su carácter ideológico y defenderse en ese terreno. Respecto a la educación en su sentido fuerte, aquella que espera construir los resortes morales que van a modelar la conducta de los jóvenes, ciertamente es el grupo en el que van a insertarse dichos jóvenes el que más poderosamente va a realizar esa labor. Como los valores de la mayoría de grupos están impregnados del individualismo reinante y la banalidad del coro publicitario, cualquier acción educativa en un sentido distinto está seriamente dificultada. Partiendo de estas premisas considero que ninguno de los tres principales participantes en la polémica terminan de ajustarse a la verdad, Xavier Pericay defiende, basándose en algunas ideas de Ferlosio expuestas en textos anteriores, que perteneciendo la enseñanza al dominio de lo público, esta debe consistir única y exclusivamente en la transmisión de determinados conocimientos, es decir, debe ser pura instrucción, lo que me parece confundir las deseables características del espacio público como su neutralidad e impersonalidad con el contenido de lo que se puede exponer en ese espacio que necesariamente no será neutro, es más, que es imposible que lo sea. Fernando Savater insiste en las posibilidades educativas derivadas de la propia instrucción y pone como ejemplo que constatar la reprobación casi universal del asesinato dentro de las comunidades humanas es instructivo; deducir de ello el notable valor de la vida del prójimo resulta educativo. El problema estriba en que esos casos extremos funcionan bien porque casi ningún grupo va a estar a favor del asesinato, al

2. Ferlosio lanza una invectiva contra la denominada “enseñanza personalizada”, que, en mi opinión es en parte merecida y en parte equivocada. Es cierto que cada vez se busca más la adaptación del mundo a cada individuo en lugar de que el individuo se amolde al mundo y esto es nefasto en varios sentidos y en especial de cara a la absorción de lo público por lo privado. Pero también es cierto que cada individuo puede tener un camino distinto para llegar a la razón común. El peligro estriba en que ese camino pueda extraviarnos en un narcisismo infantil que no llegue jamás a su destino.

3. PARDO J. L. (2004) La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía. Barcelona: Galaxia Gutenberg

menos, así sin más, con lo que aparentemente la mera información, sumada a una argumentación parece obtener el resultado, desgraciadamente en la mayoría de los casos conflictivos no creo que esto funcione. Ferlosio, por su parte, me parece demasiado pesimista al llevar la idea de que quien educa es el grupo hasta un extremo en el que sólo existen grupos de jóvenes cuyo subconsciente ha sido sustituido por la programación de la Teletienda.

Vayamos ahora a lo que se puede hacer. Ciertamente los valores no se pueden enseñar pero todos los aprendemos de alguna manera, y para que esto ocurra es necesario que el joven tenga a su alcance los instrumentos y la información necesarios para que el proceso de aprendizaje pueda producirse, en eso estoy totalmente de acuerdo con Savater. La democracia tiene la obligación de temer un adoctrinamiento del Estado sobre lo que es o no es bueno, pero resulta ridículo que se pretenda su renuncia a comunicar a los ciudadanos cuales son los fundamentos y las reglas por las que actualmente se rige. Pretender que los ciudadanos españoles no conozcan su propia Constitución, los valores fundamentales en los que se basa e incluso la legislación concreta sobre temas controvertidos como la homosexualidad o el divorcio, siendo todo esto el resultado de la decisión tomada por los representantes de todos y cada uno de los españoles y no la simple opinión de una minoría, resulta delirante y suicida.

Entre los posibles instrumentos quizás el más importante sea aprender a preguntarse sobre cuestiones que nos afectan a todos y a defenderse en un debate de los argumentos de los otros. Esto de ninguna manera podemos confundirlo con adoctrinamiento y aunque tampoco podamos asegurar que genere la necesaria capacidad crítica de lo que sí podemos estar seguros es de que afila el intelecto y lo capacita para los siguientes pasos de la maduración. Esto es lo que me parece más difícil de conseguir porque el profesorado raramente va dejar que triunfe en clase una opción que no sea la que el defiende, Pero incluso contando con la manipulación, acostumbrar a la reflexión, y al debate de ideas es un germen de libertad de pensamiento irrenunciable y precisamente opuesto al adoctrinamiento que tanto horroriza a quienes lo que desean es tener la exclusiva de la doctrina a impartir.

Ahora bien, una cosa es la simple información o las meras habilidades intelectuales y otra pretender inculcar unos valores morales. Esto último se realiza principalmente por medio de la imitación de un modelo que raramente será distinto del grupo en el que se pretende integrar el joven. Sabemos que los niños y los jóvenes desean tener éxito en sus vidas pero no como desean sus padres y maestros, es decir, éxito en la vida de adultos sino que lo que desean es tener éxito en su vida de niños o jóvenes, es decir en el grupo en el que desarrollan su vida social. Pero además y para el caso de aquellos que excepcionalmente buscan sus modelos en algún adulto, profesor o padre admirado, hay que tener en cuenta la dificultad de crear un proyecto para mejorar el rendimiento de esta vía, dado que implica que los modelos sean los adecuados y que, por lo tanto, habría que controlar a todos los padres y profesores para decidir si eran modelos aptos. Y aun teniendo estos datos nos quedaría el problema de que solución dar a los que no superaran la prueba, no vamos a esterilizar a todos los aspirantes a padres que no consideremos adecuados para dar ejemplo a sus hijos y ni siquiera se ha pensado que los profesores pasen por semejante filtro aunque, paradójicamente, se les exige que evalúen la actitud de los alumnos.

Pese a la dificultad, el interés por lograrlo no ha decaído a lo largo de los siglos. En España el nacional catolicismo y el régimen franquista lo intentaron y, como es público notorio, no lo consiguieron. Ante la presión surgen reacciones como la hipocresía o la rebelión contra los valores impuestos porque la sociedad nunca es tan monolítica que no tenga resquicios. Y aunque el actual sistema juega con la importante baza de hacerlo a favor de los deseos de cada uno y no en su contra, como ocurría por ejemplo con la represión sexual de antaño, no todo el mundo se deja arrastrar por la corriente mayoritaria. Siempre habrá quien desee pertenecer a algo distinto de lo que se le ofrece en primera instancia. La decisión inicial puede ser irracionalmente antigregaria, impulsada por cierto snobismo o el deseo de distinguirse, de pertenecer a una élite, pero gracias a ello se iniciará un camino diferente al de la gran masa. Es evidente que la integración no podrá ser en un grupo, puede que la persona encuentre su modelo en un individuo adulto, incluso en alguien ausente como un autor literario, o más allá aun en un personaje de ficción. Al mismo tiempo, todo ello puede ser compatible con la unión del individuo a un grupo donde pueda

sentirse integrado y mantener una vida social más o menos normal. Tampoco las personas son absolutamente monolíticas y pueden compaginar varios juegos diferentes a la vez.

En definitiva, y como defiende José Antonio Marina, quien educa es la tribu entera. El grupo más cercano a nuestra intimidad es el que mayor influencia ejerce en la configuración de nuestro sistema de valores pero no es único, ni absoluto y aunque sea la masa y su aliada la publicidad quien más peso ejerza, no dejan de existir otras fuerzas a las que conviene apoyar en lo posible.

Ferlosio considera que no hay nada más estúpido que ordenar algo que se sabe que no se va a cumplir pero también me parece una locura aplicar criterios de eficacia industrial a algo tan misterioso como la educación. Sin duda el profesor que exprese una opinión sobre lo que es el mundo o que se comporta de una determinada manera dando ejemplo, no puede pretender que eso forme parte del bagaje moral de un tanto por ciento del alumnado que luzca en las estadísticas. Pero puede tener la fundada esperanza de que algo quede y alguien pueda recogerlo.

Aunque en ningún momento tengamos la seguridad individuo a individuo de que vayamos a tener éxito, quizá globalmente se logre que exista un grupo lo suficientemente importante que contrapesa a la mayoría. Pretender que todo el mundo sea sabio, culto y crítico, un perfecto ciudadano responsable y consciente de sus deberes para que su contribución a la sociedad sea todo lo excelente que deseáramos, es una entelequia. Por otra parte, la sociedad se vuelve más compleja día a día y exige de sus ciudadanos unas capacidades cada vez más sofisticadas para poder intervenir en ella. El teatro de la democracia necesita para seguir funcionando que los interpretes conozcan lo mejor posible su papel para que todos creamos en la verosimilitud de la obra, lo que nos obliga a elevar el nivel del conjunto hasta donde ello sea posible, aunque no se consiga que una mayoría alcance ese nivel de excelencia utópico.

Hace algunos años leí un artículo en el que hablaba de un estudio que había realizado Robert Moyzis y su equipo de la Universidad de California y en el que se constataba la relación de gen DRD4 con cierto tipo de conductas de riesgo. Al parecer esta variante se había encontrado en todos los grupos humanos estudiados en una proporción pequeña pero constante. La pregunta era por qué un gen que parecía implicar unas conductas peligrosas y que aparentemente no resultaba beneficioso para la especie, se había mantenido a lo largo de la historia en una minoría de la población sin llegar a desaparecer. La conclusión a la que se llegó es que esa minoría era necesaria para la supervivencia de la especie en los momentos de crisis, cuando se necesitaba que algunas personas asumieran riesgos superiores a lo habitual. En los momentos en que una sociedad es estable la selección natural primaba a los que no tenían esa variante pero en los momentos de crisis, con cambios muy rápidos, en los que hay que tomar decisiones arriesgadas, la selección favorecería a los que poseen la variante. También reconocían que la proporción debe ser pequeña porque una sociedad compuesta por una mayoría de individuos amantes del riesgo y la experimentación no sería estable. Sin dar una fiabilidad absoluta a esta mezcla de biología y ética creo sugerente pensar que quizá la capacidad autocrítica funcione de manera semejante, incluso es posible que sea producto de ese mismo gen que produce una permanente insatisfacción y da el valor para afrontar el riesgo de lo desconocido y la búsqueda de alternativas a la realidad en la que se ha criado la persona. Quizá los educadores deban ser lo suficientemente modestos como para pensar que sólo en contadas ocasiones su esfuerzo llegará a cumplirse de modo completo en unas pocas personas y todos debemos esperar que esas personas tengan la suficiente fuerza, suerte y un entorno adecuado como para que puedan ejercer su misión de contrapeso en la sociedad. No les va a resultar fácil en las actuales circunstancias en que la reflexión y la autocrítica son consideradas debilidades, bien saben los partidos políticos lo mal que vende un rectificación o un arrepentimiento, y se supone que una conducta arriesgada es hacer *puenting* es decir actuar sin reflexionar y que el peligro de pensar y poner todo las convenciones de la realidad patas arriba es solamente indecisión cobardía o pereza. Que pensar no tiene la apariencia del riesgo no es del todo falso ya que ahora no te llevan a la hoguera por atacar las normas y se pueden encontrar las ideas más radicales en la librería de cualquier supermercado, un cambio al que tampoco estamos dispuestos a renunciar pese a la sensación de banalización que supone.

Probablemente el número de personas autoexigentes tampoco fuera muy alto en otras épocas⁴ pero al menos el conjunto de la sociedad consideraba obligado mantener la hipocresía de que esa excelencia era a lo que se debía aspirar, y ya se sabe que la hipocresía es el tributo que el vicio rinde a la virtud. Hoy ya no somos hipócritas, solamente cínicos.

Cómo citar este artículo

LABAIG, Fernando (2008) "Educación contra democracia". paperback nº 5. ISSN 1885-8007. [fecha de consulta: dd/mm/aa] <http://www.artediez.es/articulos/labaig/democracia.pdf>

4. Hay quien piensa que en otras épocas existían determinados grupos que siempre mantenían una elevada autoexigencia. Del inicio de su desaparición se quejaba Ortega y Gasset en su *Rebelión de las masas* y más recientemente Christopher Lasch en su *Rebelión de las élites* continuaba el lamento ante lo que él consideraba que era la culminación del proceso y sus catastróficas consecuencias.



Fernando Labaig Fuertes

Profesor de Artes Plásticas y Diseño en la especialidad de Medios Audiovisuales en la Escuela de Arte nº 10. Ha desarrollado también una importante trayectoria docente en la Escuela de Letras.

labaig@artediez.es